En un banco del parque

Mariel Estevez

Capítulo 1

En un banco del parque

Sentada en un banco en el Paseo del Rosedal, rodeada de rosales de diversos colores, Carla solía disfrutar de las tardes de primavera. Allí tenía tiempo para pensar, barajar posibilidades y tomar las escasas decisiones que la vida todavía le dejaba tomar. Su pasatiempo preferido era sentarse siempre en el mismo banco durante horas, observar a la gente que pasaba caminando, e imaginarse sus vidas. De tanto en tanto, incluso había deseado poder intercambiar la suya con alguno de ellos, aunque fuera sólo por un momento. Creía que ese banco era mágico; quien se sentara en él tenía el poder de moldear su existencia a su gusto, de ser quien quisiera ser. Sabía que esa sensación de control absoluto residía sólo en su imaginación pero, de todos modos, la reconfortaba.

Ahí viene 'Claudia', 'la divorciada cincuentona resentida', pensó, con una sonrisa traviesa. "Mmm… ¡Qué día de mierda tenemos hoy, Claudita, eh! ¿qué pasó?" susurró para sí misma en tono burlón. Se divertía inventándole nombres a cada persona que cruzara por delante de su banco, según la cara o la actitud que viera en ellos. 'Claudia' –quién sabe cuál sería su verdadero nombre– hacía ejercicio mientras paseaba a su perro Yorkshire, apresurada, tironeándolo de una correa color violeta con apliques dorados, y discutiendo efusivamente por el celular. Las calzas y musculosa ajustadas que llevaba revelaban que 'la divorciada cincuentona resentida' ya tenía en su haber una colección de cirugías estéticas repartidas estratégicamente por su cuerpo. Alcanzó a escuchar algo sobre el título de un departamento de cinco ambientes en Avenida del Libertador, un abogado, y un exmarido inescrupuloso. Al pasar, quedó suspendido en el aire un dejo a alcohol y perfume francés.

Un cuarto de hora más tarde pasó 'Germán', el muchacho joven que siempre salía a pasear alrededor de las cuatro y media de la tarde con su hijo de unos tres años. Siempre repetían la misma rutina: el papá caminaba cabizbajo, con cierto letargo, y su hijito pedaleaba con energía un triciclo por el suelo de grava. Luego se sentaban en un banco a descansar, él sacaba dos frutas de la mochila y las comían como merienda, mientras el nene le contaba con entusiasmo sobre las actividades de ese día en el jardín de infantes. Carla estaba convencida de que 'Germán' había quedado viudo recientemente, y de que salían a pasear al parque con tanta frecuencia porque a él lo abrumaba la irreversible ausencia de su esposa en la casa.

Se preguntaba si 'Claudia' y 'Germán' habrían reparado en su existencia alguna vez, si se habrían inventado un nombre y una vida para ella, y cuáles podrían ser. ¿Sería 'Cinthia, la chica solitaria que se sienta siempre junto a los rosales', quizá? O tal vez 'Laura, la pobre joven enferma', ya

que tenía el cabello muy corto, unas ojeras crónicas que le llegaban hasta los pómulos hundidos, y seguramente, a lo largo de los últimos dos años, la habrían visto por el parque usando pañuelos en la cabeza. Si bien actualmente se encontraba en una etapa de remisión completa, Carla era una sobreviviente, y aquel banco rodeado de rosales, que le brindaba una ilusa sensación de control, le había hecho compañía durante su tratamiento.

Sin embargo, ese día le oprimía el pecho una angustia muy grande. En el último mes, ciertos síntomas habían llamado la atención de los médicos, por lo que le habían indicado una serie de análisis clínicos. La noche anterior casi no había podido dormir pensando en que en unas horas debía retirar los resultados de los estudios. Quería alargar las horas indefinidamente y que ese día no llegase nunca.

Por la tarde, al volver del laboratorio, aún con el sobre sin abrir en la cartera, decidió pasar por el parque y disfrutar de la tarde fresca antes de que su vida posiblemente cambiara para siempre. El sobre contenía las respuestas a sus preguntas; aun así, no tenía el coraje de abrirlo. Detestaba el hecho de que una hoja blanca, fría, impersonal, llena de letras y números impresos en negro le impusiera un destino. Como siempre, su banco la esperaba.

A las cuatro y quince de la tarde pasó 'Claudia', apresurada como siempre, con el perrito a la rastra, y las calzas ajustadas, hablando por celular.
A las cuatro y media, 'Germán' y su hijo, el triciclo, y las dos manzanas para la merienda, pero ella sólo podía pensar en el sobre que apretaba con fuerza, como si con el apretón pudiera mágicamente traspasarle a la hoja en su interior el resultado que ella quisiera. Deseó poder intercambiar vidas con ellos, o con cualquiera que pasase por allí, incluso con el Yorkshire! Sabía que no podría soportar un resultado negativo, que no tendría las fuerzas para atravesar una vez más el mismo calvario.

Cuando por fin reunió el valor suficiente, abrió el sobre con manos temblorosas y leyó los resultados. Dejó escapar un soplido de desesperación; no podía creer lo que veía. Su mundo se desplomó al leer que la enfermedad había vuelto más fuerte que antes, y que ya estaba en una fase muy avanzada. Un "¿Por queeé?" furioso le raspó la garganta, quebrado, vacío, sin respuesta. Lloró desconsoladamente durante un largo rato, hasta que no le quedaron más lágrimas. "Pero si ya me había curado de esta enfermedad horrible", soltó al aire con bronca. Mil veces, durante los momentos más difíciles, había contemplado la posibilidad del suicidio si la enfermedad algún día volvía, pero ahora el sólo hecho de pensarlo la aterraba. No soportaba la idea de volver a las interminables sesiones que requería el tratamiento, a las náuseas, a los pañuelos en la cabeza, las miradas curiosas, las de conmiseración, a tener a la familia en vilo, siempre preocupada. Se quedó sentada un rato más, con la mirada perdida en los rosales y sintiendo en el rostro el solcito tibio de las tardes

porteñas en primavera.

De manera inesperada, un hombre joven se acercó lentamente y se sentó a su lado. “Buenas tardes, ¿te molesto?”, dijo el recién llegado con voz grave y tranquila. Una brisa gélida le sopló en el rostro. El hombre tenía la tez pálida como la luna, y la cabellera era de un profundo negro azabache. *El parque está lleno de bancos vacíos y se viene a sentar justo acá… ¿Puede ser que una mujer no pueda sentarse tranquila en un parque, que enseguida aparece algún oportunista a tratar de levantársela?*, pensó ella con fastidio. “Mirá, disculpame, pero no estoy precisamente de humor para levante, ¿ok?”, contestó abruptamente, sin modales. Los ojos claros se le llenaron de lágrimas. El extraño le devolvió una mirada aciaga, como si algo lo afligiera, pero no contestó. “Te ahorro el trabajo... no estoy interesada. Ya no me importa nada… ni siquiera tengo ganas de vivir”. El hombre, con voz apacible la interrogó “¿Eso es lo que realmente querés, Carla? Yo podría ayudarte, si me lo permitieras”. “Nadie puede ayudarme. Lo único que quiero es terminar con este sufrimiento de una vez por tod…” –se detuvo, perpleja. “¿y vos cómo sabés mi nombre?”, lo interpeló. Sus ojos grandes y oscuros parecían querer llegarle al alma.

El extraño se incorporó sin apuro, sopesando cada movimiento. Extrañamente, le pareció que ahora medía más de dos metros y que su rostro había empalidecido aún más. Sin aviso, el cielo se oscureció y el parque enmudeció por completo. No fue hasta que él la besó en la frente, que ella comprendió quién era aquel hombre de tez pálida como la luna y cabello negro azabache. Una última lágrima rodó por su mejilla, y un escalofrío helado le recorrió la médula. “Gra..cias”, alcanzó a decir Carla con un último aliento. “Ya podés descansar”, contestó el extraño, con un resabio de inevitable satisfacción, pero también pesar. Llevaba milenios recorriendo la Tierra y, aun así, no siempre le resultaba fácil la tarea que debía cumplir.

A la mañana siguiente, los primeros rayos de sol asomaban por detrás de las nubes perezosas cuando una persona que pasaba caminando encontró el cuerpo de Carla, frío, pálido, todavía en el banco. Tenía las manos acomodadas sobre el regazo; en ellas sostenía una rosa blanca recién cortada, perfecta –sus favoritas–, y una leve sonrisa bordada en los labios azules. Durante los siguientes días, se oyeron en el barrio muchas hipótesis y conjeturas, pero nadie pudo explicar qué le había sucedido a aquella joven, ni por qué todas las rosas de los rosales a su alrededor, excepto la que yacía en sus manos, se habían marchitado.